

te la basta camisa de percal que cubría su cuerpo.

—¡Mi madre debía hacerme ropa blanca más decente!—se dijo Norina introduciéndose entre las sábanas perfumadas, con un pequeño escalofrío de voluptuosidad. ¡Es vergonzoso tener semejantes camisas! Estoy segura de que la doncella de la señora de Breteuil las usa más finas. ¡Y tener que volver á esa casa mañana por la mañana, para ayudar á aquella criada sucia á limpiar la vajilla; y remendar los pantalones de Raimundo; y ese imbécil de Simón que ha desgarrado mi blusa! es preciso que la ponga mangas nuevas. ¡Parece que lo hace expresamente!.....

Casi lloraba de rabia al pensar en los trabajos que le esperaban al siguiente día; pero volviendo las lágrimas á sus ojos, se acordó de pronto de Muriel, que efectivamente había pasado su mano, sin guante, sobre el brazo desnudo de la joven.

Parecía increíble que un hombre de buena educación, se hubiese permitido en plena tertulia una acción semejante. Sin embargo, Muriel lo había hecho sin turbación ni vergüenza, porque había querido, y una larga práctica le había demostrado, que con mucho aplomo se hacen pasar esas cosas. Si alguno se entera no le da una mala interpretación.

Parece una inadvertencia, una torpeza.

Norina no se había turbado tampoco; bien sabía ella lo que quería Muriel; sabía también que ofreciéndose perdía su papel de ingenua; y había conservado su aire inocente, porque en realidad, le gustaba; aquella mano tocando su brazo, le halagaba; la sensación era grata, y puesto que se podía obtener sin que costase nada, todo iba bien.

Pero no se crea que perdió la cabeza por Muriel; el amor, tal como lo sueñan las jóvenes, no tenía nada

que ver con aquello. Se durmió, pues, con un sueño profundo, satisfecha como una gata á quien acarician el lomo con la mano.

## V

Ocho días pasaron sin que la señora de Breteuil encontrase á Muriel; hacía lo que podía, sin embargo, y si la buena señora hubiese tenido veinte años menos, algunas almas caritativas hubiesen notado la insistencia con que preguntaba por el joven á los que pudieran indicarle el sitio donde tendría probabilidades de verlo.

Muriel, por su parte, rehúsa el encuentro; no por miedo á las consecuencias de su pequeña aventura, sino por temer que la señora de Breteuil tocase, en su conversación, el punto delicado del matrimonio. El incidente del brazo lo podía negar siempre, seguro de que Norina lo rechazaría también con energía; pero su actitud de melancólico enamorado, las miradas asesinas que más de una vez había dirigido á la joven, eran innegables.

No obstante, le era imposible abstenerse eternamente de visitar á dicha señora; el sábado siguiente y á la hora en que ella acostumbraba á ausentarse de su casa, subió á ésta y, en la seguridad de no encontrarla, llamó á su puerta. La criada abrió; y la señora se hallaba en su habitación, contra los cálculos del arquitecto.

—¡Mala suerte!—se dijo Muriel; pero entró con la frente alta, y la conciencia tranquila.

Después de los preliminares de rúbrica, la señora de Breteuil abordó su tema; sentía palpar su cora-



zón: ¡es tan delicado mezclarse en los asuntos de los demás! No todo el mundo opina de este modo; pero cuando uno tiene la desgracia de poseer un alma timorata está, á veces, sujeto á impresiones muy desagradables. La buena señora sentía cierta impresión parecida al temor de un minero novel que, por primera vez en su vida, está encargado de prender fuego á un barrero; sabe que la mecha es larga y que se ha tomado toda clase de precauciones para que él tenga tiempo de escapar; pero, y si por casualidad...

No conocía á Muriel: con éste nunca explotaban las minas; había en él una substancia inexplorable por excelencia, que transformaba la dinamita más inflamable en inofensiva papilla.

A la pregunta: «¿Habéis reparado en la señorita de Guerbois?»

—¡Es deliciosa!—contestó, con tal frialdad, que moralmente, hizo retroceder á la de Breteuil hasta Spitzberg.

—Me figuraba,—balbuceó aquella mujer tan buena como crédula—suponía...

—¿Que me gustaba?—concluyó Muriel sacándola del apuro y terminando la frase.—Sí, ciertamente. ¡Ah! ¡ya lo creo! ¿He dicho deliciosa? debía decir adorable para no ofenderla; pero...

—¿Pero qué?—insistió la señora Breteuil alargando un poco el cuello, á fin de penetrar más el pensamiento del arquitecto.

—¡Ah, qué feliz hubiera yo sido!... Mas ¿para qué hacerme decir estas cosas tan crueles? ¿Es necesario explicaros cuanta barbarie inútil despliega la pobreza privándonos, no solamente de los placeres superfluos de la vida, sino de las alegrías necesarias del hogar?

La señora de Breteuil miró con compasión al pobre

joven que tan dignamente soportaba el peso de sus penas secretas, de las cuales ella no había sospechado la existencia.

—Nosotros, señora, tenemos deberes para con la sociedad, al mismo tiempo que para con nosotros mismos; para crearnos una posición que compense nuestros estudios, debemos empeñar luchas largas y penosas. ¿Cómo triunfar si no es conservando nuestra libertad de acción, que siempre cohartan una mujer y unos hijos? Por otra parte, hace mucho tiempo que me he dicho: nunca tendré valor para exponer á una mujer amada, á compartir las tristezas de mi pobreza.

—Creía que teníais una posición, si no brillante, por lo menos desahogada.—dijo la señora de Breteuil, que en medio de esta confusión no atinaba á desembarrollar ni aun sus propias ideas, y menos aún las del joven.

—¡Ah, querida señora! he hecho buenos negocios, y digo buenos, porque soy modesto; he podido vivir hasta ahora desahogadamente; pero es porque soy solo. Si estuviese cargado de familia...

La señora reflexionaba mirándose las rodillas, lo cual es señal de gran concentración.

Al cabo de un instante, alzó la vista sobre su interlocutor.

—¿De modo, que no tenéis la menor intención de hacer vuestra esposa á Norina?

—Me veo en la completa imposibilidad de contraer matrimonio con un ángel sin fortuna.

—Pues bien, señor mío, en ese caso, es menester que os alejéis de ella disimuladamente; en vez de tratar de verla tan á menudo, como habéis hecho hasta ahora. La reputación de una joven es tan frágil y deli-



cada, que todo hombre honrado está en el deber de evitar cuanto pudiera empañarla.

— ¡Oh, señora! Creéis que...

— No creo nada, caballero. Ciertas personas han notado que la miráis demasiado, y me lo han advertido; me es doloroso tener que repetíroslo.

— Si pretendieseis su mano, hallaría yo muy naturales vuestros esfuerzos para atraer la atención de esa niña; mas desde el momento que no es esa vuestra intención, considero muy inútil que la perjudiquéis, impidiéndola, acaso, que encuentre otra proporción.

— Me desconsuela—dijo Muriel, levantándose y llevando una mano á su corazón, con dignidad—me entristece, verdaderamente, el que personas mal intencionadas hayan formado un juicio tan separado de la verdad respecto á mi asiduidad, muy lógica, acerca de tan agraciada joven.

La señora de Breteuil miró al arquitecto con una atención en ella inusitada.

— Estáis equivocado—le dijo con firmeza.—El que no piensa unirse á una joven, no la mira; no hay asiduidad que valga; ó se casa ó no se casa; ahora bien, como vos no pensáis casaros, esa señorita no debe existir para vos.

— ¡Ay!—suspiró Muriel, afectando un tono distinto del antes empleado—¿puede imponerse silencio al corazón? El mío me guía hacia ella, mi inteligencia me separa.

— ¡Pues bien! aconsejad á vuestra inteligencia que os aparte de modo que nadie pueda hacer suposiciones equívocas. Excuso deciros que esta conversación quedará aquí, entre nosotros; aprovechadla y no dirijáis vuestros ojos más que á muchachas con buena dote, ya que, según vuestras ideas, sólo habéis de esco-

ger entre ellas. No es que yo os lo censure—añadió interpretando un movimiento del joven.—Hubiera preferido, lo confieso...

— Que me hubiese casado con Norina Guerbois—continuó con toda sinceridad el arquitecto.

— Que nadie estuviese en la creencia de que pensáis hacerlo—replicó vivamente la señora de Breteuil.

Después de varias frases de escasa importancia, ambos interlocutores se separaron, bastante descontentos uno de otro.

— ¡Vieja pécora!—pensaba Muriel.—¿Quién te mandará mezclarte en lo que no te importa?

— ¡Tú no eres franco!—se decía la anciana. Esta, no consideraba concluída su tarea; si su protegida había caído por un instante en la posibilidad de casarse con el arquitecto, era preciso no consentir que se arraigara en ella esa idea.

En un alma tan joven y delicada, aquellas vagas impresiones no podían haber dejado profundas huellas. Ya era demasiado que Norina hubiese pensado en Muriel; pero su preocupación no llegaría al extremo de contristarla al conocer que debía destruir cuantos proyectos de boda hubiese concebido.

La señora de Breteuil buscó, pues, la ocasión de hablar particularmente á su joven amiga, ocasión que no tardó en encontrar, prometiéndose iluminarla sobre los peligros de un mundo que, para la señora Guerbois, era un misterio.

Efectivamente, ésta se casó del modo más sencillo que puede concebirse: una de sus parientes ponderó al señor Guerbois como un partido aceptable; éste y su actual esposa, se vieron, se agradaron, pidió él su mano, vino luego la boda y todo transcurrió como



si el matrimonio fuera un acto indispensable de la vida, porque el celibato no es estado completo.

En vista de esto, no es desacertado suponer que una mujer casada en tales circunstancias esperase para su hija los mismos trámites.

Por consiguiente, la señora de Breteuil se proponía reemplazar ahora á una madre sin experiencia y poco despejada.

Para aquella virtuosa señora era esto un deber, tanto más sagrado, cuanto que se reprochaba el haber trasladado á la joven planta, que tenía por nombre, Norina Guerbois, á un terreno para el cual no se hallaba suficiente preparada.

La joven se presentó una mañana, muy arrogante con su modesto trajecito de percal rameado, regalo de su anciana amiga, como la mayor parte de su ajuar; el día era hermoso; el calor no fatigaba; una activa alegría llenaba las calles, con los puestos de frutas; los carritos de flores pasaban como un hervidero de rosas, las zanahorias, amontonadas con las cebollas nuevas, parecían salir de toneles de plata y oro, reventados sobre los puestos de los vendedores de legumbres.

Norina había visto esta alegría al pasar por las calles; pero las rosas no le llamaron la atención; consideraba las flores como objetos puramente decorativos, y á este objeto prefería las artificiales que duraban más tiempo. Las cebollas y las zanahorias la habían conmovido, evocando en su imaginación la idea del oro y de la plata acuñados.

—¡Ay! cuanto hubiese deseado ser rica. Rica, para no tener que ir á pie, para usar medias de seda, para enseñar, al levantar los bordes de su vestido cuando se atraviesa la calle, un maravilloso bordado,

adornado de ricos encajes.... ¡Había tantos ricos! ¿Por qué no lo era ella? ¿Por qué tenía la señora de Breteuil diez veces más dinero del que necesitaba, mientras que Norina arrostraba en el seno de su familia una existencia monótona y obscura?

La anciana señora invitaba á menudo á su amiguita haciéndola disfrutar largamente de los placeres de una vida desahogada. ¡Ha! ¡gran cosa debía agradecersele!

—¡Eso la divierte!—decía Norina de mal talante; —Me regala trajes porque soy bonita, me invita porque adorno su salón, no le debo reconocimiento, no nos debemos nada.

Pensaba estas cosas al subir la escalera; pero al colocar la mano sobre el botón del timbre, su cara volvió á tomar la expresión dulce y prudente que todos estaban acostumbrados á ver en ella.

—Siéntate aquí, querida,—dijo la señora de Breteuil indicándole un estrecho sofá en el extremo de la habitación;—vamos á conversar un rato.

Delante de la ventana abierta, se veía un gran castaño, cuyas anchas hojas mecidas por una brisa de verano, se agitaban como abanicos movidos por mano diligente. Norina dirigió su vista hacia el verde follaje; luego miró á su alrededor y contempló el mobiliario, rico y de buen gusto, y pensó con envidia:

—¿No tendré nunca uno parecido?—y añadió:— ¡Pero más hermoso!

—¿Cómo están en tu casa? ¿siguen todos buenos?—dijo la señora de Breteuil que tomó asiento después de besar á Norina en la frente.

Los azules ojos se levantaban con agradecimiento hacia la amiga que los vió abrirse por vez primera.

—¡Cómo cambian las cosas!—dijo la anciana.—Te



he cogido en mis brazos cuando apenas tenías algunos días; eras muy bonita; pero nadie se podía figurar que llegases á ser tan buena moza.

Los ojos azules se encargaron una vez más de la respuesta, y una linda sonrisa aumentó el valor de su mirada.

—He aquí lo que es el mundo, nos casamos, tenemos hijos, y de pronto, sin que se sepa cómo, están ya éstos en edad de casarse á su vez.

Los ojos azules se bajaron con una modesta confusión.

—Dime niñita—dijo la señora de Breteuil hablando con suma precaución, á fin de no herir el instintivo pudor de su amiguita.—¿Te han cortejado alguna vez?

Las aterciopeladas mejillas se volvieron encarnadas y sus entornados párpados se estremecieron ligeramente.

La anciana señora repuso con tanta dulzura y prudencia, como si levantase el apósito de una herida, y en efecto, casi se le oprimía el corazón como sucede cuando se teme hacer daño á un enfermo.

—No conozco á todas las personas que recibís en vuestra casa, ¿hay quizá entre ellas, jóvenes que te han encontrado amable y linda?

—A casa, no viene casi nadie,—respondió Norina con voz segura,—vos conocéis, mi buena amiga, á todas las personas que recibimos.

—¿Es decir, que todavía no te han galanteado?

Norina miró á la señora con una expresión de duda é inocencia, que decía claramente:

—Cómo queréis que sepa si me han cortejado ó no, si no sé aún lo que eso significa?

La señora de Breteuil atrajo hacia así á la ingenua

niña, para besarla; después repuso, acariciando una mano que había conservado entre las suyas:

—Pronto sucederá, porque en fin, es inútil ocultarte que eres linda, has recibido una educación bastante esmerada; espero que encontrarás un buen muchacho, que te ame, y desee casarse contigo, pero has de saber, hija mía, que nunca se es bastante prudente; es una gran desgracia, inclinarse á alguno con quien no se ha de contraer matrimonio; no es fácil desprenderse, sino lentamente, porque es preciso; pero ¿esta, y al casarse después con otro, ya no... es lo mismo...

Norina escuchaba con la cabeza baja; pero no había podido impedir que su mano se helase en la de la señora de Breteuil.

—Voy á decirte cosas que tal vez te admirarán: entre los hombres que conocemos, los hay que pueden ser buenos partidos para ti, y otros que no lo son ni lo serán jamás.

—¿Cómo?—preguntaron los bellos ojos clavándose en su protectora.

—Por ejemplo, el señor Bachelier, no es buena proporción para tí...

Norina rompió á reír como una loquilla.

Bachelier tenía cuarenta y seis años, algunos cabellos grises, que se hacía cortar en forma de cepillo, y un par de gafas, con cristales muy gruesos, amigas y compañeras de su inveterada miopía.

—El señor Donnersón tampoco,—continuó la señora de Breteuil escogiendo expresamente, personas poco aptas para el caso.—El señor Renouard menos; porque tiene una madre intolerable y que mientras viva, ha jurado no se casará, el señor Rolisa... el señor Muriet...



La mano de Norina tembló; no se la podía recriminar, á los dieciséis años no se puede evitar un ligero temblor cuando se oye una condena capital.

—El señor Muriet no tiene las mismas razones que el señor Renouard; pero las tiene muy poderosas. Su posición no le permite casarse sino con una mujer rica, el otro día lo ha dicho aquí y como tú no tienes fortuna, mi pobre pequeña...

Norina había vuelto la cabeza y miraba atentamente las hojas del castaño que continuaban columpiándose.

—Yo te daré alguna cosa, —repuso la señora de Breteuil con una dulzura infinita—pero no lo que se llama una fortuna. El Sr. Muriet aspira á un capital de dos ó trescientos mil francos, ¡y yo no puedo darte eso!

El que se case contigo ha de tomarte por tu belleza y tu virtud, y no dejaréis de ser felices. A decir verdad, no veo la necesidad de una dote para hacer que una joven sea amable, pero parece que en la arquitectura, es necesario como fondo... No entiendo nada de estas cosas, me lo han dicho y lo repito, y lo creo porque veo organizarse, todos los días, matrimonios parecidos.

La señora de Breteuil se interrumpió: una gota transparente acababa de caer sobre el vestido de la joven.

—¿Lloras, niña?—dijo la excelente dama, ¿te causa pena lo que te estoy diciendo?

Norina movió afirmativamente la cabeza y apretó el pañueo contra sus labios.

—¿Muriet te había dicho algo?—continuó la señora de Breteuil, encolerizada.

Norina volvió hacia su interlocutora, los ojos ane-

gados en llanto, y, con la cabeza, hizo un movimiento negativo.

Esto no era mentir; ¡oh, no! nunca había dicho Muriet á Norina que la amaba, es verdad que le cogía la mano y el brazo cuando se presentaba la ocasión, pero eso no eran palabras.

La señora de Breteuil exhaló un suspiro de satisfacción. Si Muriet no había dicho á Norina que la amaba, era á pesar de todo un buen muchacho.

—¿Por qué lloras entonces?—dijo comprendiendo que toda pena debe tener una causa. La respuesta fué pronta y clara.

—¡Porque es tan cruel pensar, que á falta de una dote, no se puede contraer matrimonio con aquel que se hubiese querido elegir!

—¿Te gustaba Muriet?

Norina miró á la anciana con una inocencia angelical, mientras respondía:

—Me agrada mucho su compañía, no sé si es esto lo que se llama gustar; pero, cuando vos me decís que no es de los que pueden casarse conmigo, naturalmente, no debo pensar en él.

—¡Que corazoncito tan valiente!—se dijo la anciana señora conmovida hasta el fondo de su alma.

Sin embargo las lágrimas continuaban corriendo.

—Vamos, hijita, no te apesadumbres,—repuso la señora de Breteuil; no faltan hombres honrados sobre la tierra; pero es preciso, no volver á pensar en Muriet ¿me entiendes?

—No he pensado en él, señora,—respondió la ingenua; tengo mucha amistad; pero me parece que que eso no es ningún mal. ¡Lo que es triste es pensar que esa dote! ¡es humillante! En fin...



Se enjugó los ojos con su pañolito, y juntó las dos manos sobre las rodillas con resignación.

—¡Pobrecita! con qué nobleza y sencillez lo ha tomado—pensó la señora de Breteuil.—Si alguna vez tienes alguna pena, me la comunicarás, ¿verdad?—repuso en alta voz;—tu padre y tu madre son excelentes, pero un poco desconocedores de las cosas de sociedad. ¿Me pedirás consejo, verdad?

—¡Ciertamente, querida amiga! Bien sabéis que no tengo más que á vos!

La de Breteuil la abrazó, la acarició, la mimó; las lagrimitas que con tanta resignación había secado, le causaban gran pena; fué á buscar en un cajón una antigua sortija y la colocó en un dedo de Norina.

—Ten,—le dijo,—los niños se consuelan con juguetes, las jóvenes con alhajas, no pienses en lo que te he dicho más que como una medida de prudencia para lo sucesivo. ¡Qué diablo! no todo el mundo está obligado á casarse con una mujer rica,

Algunos días más tarde, Muriet y Norina se volvieron á encontrar en el salón de la señora de Breteuil; hablaron como de costumbre; el joven estaba seguro de que la anciana señora le había perjudicado; sin embargo, no notó nada de particular, en el semblante de Norina; al desembarazarla de una taza vacía, le apretó la punta de los dedos, como hacía de ordinario; y según la costumbre, los dedos no se retiraron... Muriet miró más atentamente á la linda cara casi infantil; en nada demostraba turbación.

—¡Muy bien! pensó Muriet, con esta muchacha puede uno divertirse en grande sin que se enfade... pero me parece que nunca conseguiré el que me devuelva un beso. Es como una hucha; lo acepta todo, no dice una palabra; pero no devuelve nada... ¡Dicho-

so el esposo que la acepte! Mi amigo Lignón está hecho para ella.

## VI

¡Lignón estaba hecho para Norina! Y ella estaba hecha para él. Así pensaba Justino en aquel mismo momento, mientras se figuraba magnetizar con su mirada á la «joven é inocente presa» que codiciaba, aunque no en justas y legítimas nupcias.

Con la cabeza levantada y los ojos llenos de fluido, miraba á Norina con toda la intensidad de que era capaz; materialmente hablando, podría decirse que se le salían los ojos de sus órbitas.

La encantadora niña, no parecía turbarse; iba y venía, revestida de modestia hasta el cuello, en el cual su traje se terminaba por un inocente repliegue, más puro que las plumas de una paloma. La casualidad la trajo cerca de Lignón, en quien no pensaba, y al notar la persistente mirada del joven se quedó bastante asombrada.

—¿Por qué — se dijo — me mira con esos ojos de rana inquieta?

Otra nueva reflexión siguió tan rápidamente á la primera, que ambas se confundieron en una sola.

Norina no permanecía mucho tiempo perpleja en circunstancias como la actual. Bajó en seguida la cabeza y en actitud virginal, se mantuvo frente al hipnotizador.

—¿Venís aquí á menudo, señorita?—preguntó éste dando menos expresión á sus ojos, lo cual les permitía descansar. ¡Ya empezaba á dolerle la cabeza! ¡Cuánto cuesta transmitir el pensamiento á otra perso-



na! No puede realizarse esa transmisión sin exponerse á una fuerte jaqueca!

—Muy á menudo—respondió la interrogada.—¡Es tan buena para mí, la señora de Breteuil!

Lignón se sintió, instantáneamente, lleno de ternura hacia dicha señora y, con la vista, trató de encontrarla por el salón. La distinguió sentada junto á la chimenea, y la cubrió, mentalmente, de bendiciones. Luego, volviéndose á su ídolo:

—¿Dónde vais á pasar este verano?—preguntó con voz vacilante.

Norina alzó sus hermosos ojos llenos de resignada tristeza, y dirigiéndolos á Lignón, contestó:

—¡En el Bosque de los Palomos!

Aquel ángel en el Bosque de los Palomos, cuando todas las playas del Océano y las abundantes nieves de los Alpes, apenas hubieran sido marco digno de su belleza y de su candor!

—¿No vais al mar?—preguntó Justino con profundo sentimiento.

—No—repuso Norina tristemente.—Mi padre no puede abandonar sus ocupaciones; y mi madre no se separa jamás de él.

—Es una familia patriarcal,—pensaba Lignón;—ya lo había yo notado, de ella ha sacado la niña ese encanto indecible y el germen de todas sus virtudes.

Cambiaron aún algunas palabras insignificantes; después quedó ella muda é inmóvil mientras él volvía á hipnotizarla. La señora de Breteuil pronunció el nombre de la joven, ésta volvió penosamente la cabeza hacia su vieja amiga; y como haciendo un esfuerzo se dirigió hacia ella mientras que Justino la seguía con los ojos; pero sin magnetismo.

Muriet se aproximó á su amigo.

—Tienes un aire extraño—le dijo.

Lignón se pasó la mano por la frente.

—Estoy soñando,—respondió;—no sé si me hallo en este mundo.

—Ven á beber cualquier cosa al comedor, y así te repondrás.

Muriet se llevó á su inflamable amigo, y le ofreció refrescos

Lignón tenía tal necesidad de expansionarse, que la presencia de los invitados no lo hubiese retenido si la señora de Breteuil no le hubiera hecho seña de que se acercase.

Obedeció y se lanzó en seguida á elogiar las virtudes domésticas, la belleza y los encantos del hogar, del mismo modo que si diera una conferencia.

La anciana señora le escuchaba con gusto; en estos tiempos de sequedad y egoísmo, no le desagradaba oír alabar lo que demuestra todo lo contrario. Al cabo de veinte minutos sentía por aquel muchacho una indulgencia casi maternal; y cuando, pasado el tiempo, no pudo menos de nombrar á Norina, lo miró entornando los ojos como para verlo mejor.

—Si eres de los que se casan,—pensó—ya veremos; pero si haces voto de no casarte tampoco, como no hace mucho tiempo que te conozco, no te invitaré más.

¡Si se casaba! ¡Nadie se casaría como él! La familia, los principios modestos, la alegría de mejorar poco á poco su situación; la dicha de tener una mujer que se lo debiese todo; la supremacía de las jóvenes educadas sencillamente, y que carecen de dote, pero que no gastan lo más saneado de su fortuna en trapos costosos; las playas solitarias, el alojamiento en un cuarto piso, con un balcón, etc., etc., todo pasó.



Cuando se detuvo para tomar aliento, la señora de Breteuil dijo tranquilamente:

—¿Entonces no sois de los que pretenden que una dote es necesaria?

Lignón iba á volver á empezar, pero la señora, considerándose suficientemente informada, lo detuvo con un gesto.

—No veáis en mi pregunta más que el interés y la simpatía... ¿Para considerar así la vida, tenéis fortuna personal?

—¿Yo? ¡soy hijo de mis obras!—exclamó Lignón calurosamente.—Todo lo debo á mí mismo; he tenido comienzos difíciles... ¡Oh! ¡sí! muy difíciles,—repuso, acordándose de que habitaba en un «cuarto amueblado», y de que su mobiliario de familia, pesado y lujoso, esperaba hacía dos años en un guarda-muebles para entrar en un verdadero domicilio, cuyo alquiler pudiera el joven pagar.—Pero la posición que me he labrado, me permite esperar,... y, consagrando mis ratos desocupados á la literatura, espero ser algo más que un simple empleado de librería, por bien retribuido que esté en ella.

—¿Escribís?—preguntó la señora de Breteuil.—¿Y qué hacéis?

—En este momento,—respondió Lignón—me dedico especialmente á la Economía política, y además tengo en cartera una novela...

—La novela,—dijo la buena señora,—produce quizás más, pero dá menos importancia. ¿Luego, habéis hecho estudios especiales?

—¡Oh!—dijo Lignón,—he considerado especialmente la cuestión social, ya comprendéis que todo lo que se relaciona con ella me es familiar.

Tenía tal aire de seguridad, que la señora de Bre-

teuil, absolutamente ignorante de cuanto á la Economía política concierne, no osó dudar de su talento. Sin embargo, se propuso enterarse más escrupulosamente sobre la posición de su nuevo amigo, sin dirigirse á Muriet contra el que sentía nacer, en el fondo de su corazón, una duda casi rayana en desconfianza.

Al día siguiente, cuando la señora de Breteuil se preparaba á salir vió entrar á su casa á la de Anglois.

En otras circunstancias, se hubiera alegrado de verla, pero, ante la idea de que su amiga había sido, desde el primer momento, mejor fisonomista que ella, para calificar á Muriet, y viendo que era preciso confesar ahora la culpabilidad de éste, no podía la noble anciana abandonar una especie de contrariedad ante la visita; á pesar de ello, como siempre atacaba el peligro de frente, no trató de allanar sus pequeñas dificultades.

—Y bien,—preguntó la de Anglois—¿se casa el pretendiente?

—No se casa—contestó la de Breteuil, á quien la manera de dirigirle aquella pregunta no dejó de hacer cierta gracia.

—¡Vaya, me alegro! Me hubiera sorprendido que ese individuo abrigase intenciones rectas.

—Le habéis tomado antipatía, no sé por qué?—exclamó la señora de Breteuil, cuyo espíritu caballeresco la impulsaba á defender á los que eran atacados.

—Antipatía ó no, ya lo veréis. Pero es hacerle demasiado honor... Hablemos de otra cosa: á propósito, ¿y vuestra protegida, la señorita de los ojos azules?

—¡Pobre chiquita! ¡me causa pena! ganas tengo de llevármela á Diéppe con nosotros.



—Eso es, ¡encargaos de una ingenua! —y en estado de casarse. Escuchadme, querida, creo que tenéis el prurito de invención para cargaros de molestias. Ricos, sin hijos, inteligentes, vuestro marido y vos os preguntéis sin cesar qué podríais hacer para crearos incomodidades...

La de Breteuil, un poco enojada, parecía un niño á quien se ha reñido y no quiere llorar; su amiga continuó:

—Yo estoy acorazada, todo el mundo lo sabe, ¡ved si se atreven á pedirme favores! y eso que no me importa hacerlos, podéis estar segura!

—¡Pero no me solicitarán para que vaya á hacer una petición en matrimonio, ó para recomendar á alguna señorita que pinta; ni pretenderán que coloque á un joven sin empleo, para que seduzca luego á la hija de la casa! ¡já mí nó!

Su amiga no supo que responder y en consecuencia, no contestó nada. La señora de Anglois prosiguió:

—Mi hermana me ha rogado que sea la institutriz de su hija, ... me la llevo á Dieppe...

La buena anciana se engolfó en un sillón, abandonándose á una risa loca, sin interrumpir á su imperturbable amiga, que continuó:

—Me la llevo á Dieppe; parece absurdo, ¿es verdad? ¡Una contradicción á todos mis principios! Pues, nada de eso, Rosina irá de un lado á otro, hará cuanto se le antoje, coqueteará, montará en burro, todo me tiene sin cuidado! Mi hermana me ha dicho:

—«Debías llevarte á Rosina».

—Yo he contestado: ya sabes que me fastidia y si la llevo, no me ocuparé de lo que haga. Sin embargo, si se ahoga, te traeré su cadáver.

—«Muy bien»—ha contestado mi hermana—«eso me basta.

—Ya veis que Rosina, no me estorbará.

La señora de Breteuil se reía hasta el punto de tener que enjugarse los ojos.

—Me decidís—dijo tomando por fin la palabra;—voy á decir á los Guerbois que me llevo á Norina.

—Como seremos vecinos las jóvenes se visitarán y así nos distraeremos.

La señora de Anglois sonreía á su vez, pero sin que su interlocutora pudiera vislumbrarlo.

—He aquí el triunfo de mis teorías, yo soy quien lleva á Rosina, y vos le serviréis de custodia, porque os conozco, sois una gallina clueca que se pasa la vida temiendo por los polluelos ajenos. Como he declinado toda responsabilidad respecto de mi sobrina, tendré todas las satisfacciones mientras que vos soportaréis las molestias, y esto será delicioso.

A la semana siguiente, la señora de Breteuil pidió y obtuvo permiso para llevarse á su cara Norina á Dieppe.

Terminaba el mes de Junio y se convino que diez días más tarde, la joven abandonaría el cuidado de sus hermanos y el repaso de las ropas de la casa para ir á respirar las brisas fortificantes de la Mancha.

—Mucho la echaré de menos—dijo la señora Guerbois suspirando;—pero en fin, lleváosla, os la entrego sin temor alguno.

La señora de Breteuil se sintió tan agradecida á Eulalia, que creyó deber demostrar su reconocimiento en términos afectuosos.

—Nunca se la he confiado á nadie—repuso la madre;—pero con vos no tengo nada que temer. Está



bien educada, tiene un amor propio que he cuidado de no entibiar nunca. Más de una vez me ha sucedido, cuando ella era pequeña, después de haberla pegado en casa, llevarla á visitas. Si me preguntaban: «Es buena» nunca he querido que nadie tuviera conocimiento del disgusto que me había ocasionado y contestaba: «Muy buena» ¡Ved el resultado!»

La de Breteuil tenía sus dudas respecto al sistema; en cuanto al resultado, era digno de alabanza, puesto que Norina estaba muy cerca de la perfección.

Habló con la señora Guerbois de algunos arreglos relativos al ajuar de la joven y se marchó con un vago descontento mezclado de un poco de tristeza. Si hubiese podido definirlo se hubiera dado cuenta de que había venido para prestar un favor y se iba como una persona que debía quedar agradecida por haberlo recibido; su orgullo se hallaba un tanto ofendido. Pero no se paró en discutir el estado de su alma y corrió á comprar un sombrero, un abrigo, y doce pares de guantes para la linda Norina.

## VII

—Espero, señoritas, que seréis buenas amigas—dijo la señora de Breteuil á las dos jóvenes que estaban de pie una frente á otra, en el salón de su casita de campo.

—Si no depende más que de mí,—dijo Rosina tendiendo la mano á su compañera,—pronto quedaréis complacida.

Rosina era pequeña, morena, muy delgada, elegante, su fisonomía muy viva, más espiritual que perfecta, estaba en constante movimiento.

Norina la miró á la vez con dulzura y dignidad, dió su mano, sonrió y permaneció en silencio.

—Idos á hablar al jardín—dijo la señora de Anglois. Norina, con los ojos bajos, se dirigió hacia la puerta; Rosina se volvió á su tía, le pasó el brazo alrededor de su cuello y le dijo al oído: «¡es muy bonita!». Se fué después de haber alterado algo la simetría de la negra, aplastada y ondulada cabellera de la de Anglois.

—¡Qué contraste! —dijo la señora de Breteuil— ¡parecen el día y la noche!

—¿Eso quiere decir que Rosina tiene el cutis demasiado negro?—replicó tranquilamente la propietaria del cabello reluciente.—¡Es verdad! No hay que tratar de ocultarlo; pero es franca; á veces le ocurre decir tonterías, prefiero eso. Todo lo negro lo tiene por fuera. ¡Vuestra Norina, es más blanca de piel; pero no sabemos cómo será por dentro! desconfío de las personas que no hablan.

—Timidez—dijo la señora de Breteuil.

—O hipocresía. No me impaciente, ya lo sabéis, espero la prueba; pero no tengo prisa.

Mientras las dos señoras discutían los méritos de las jóvenes, éstas se habían sentado en un banco, al abrigo de una empalizada de lilas, cuyas hojas daban suficiente sombra. No sabían qué decirse; Rosina muy acostumbrada al trato social y de claro talento, tenía deseo de instruirse lo más pronto posible de cuanto necesitaba saber respecto á una joven con la cual debía estar en continuo contacto todo un mes.

La hizo algunas preguntas, y obtuvo respuestas cortas, poco precisas, y se percató en seguida, con gran sorpresa, de que siendo ella la que había interrogado, ignoraba cuanto se refería á Norina, mientras



que, por su parte, había revelado á ésta todo lo que podía aspirar á conocer.

Cuando las llamaron para dar el indispensable paseo, la señora de Anglois cambió dos palabras con su sobrina.

—¿Amable?—dijo brevemente.

—Muy reservada.

—¿Tímida?

Rosina iba á decir «¡Oh! sí!» cambió de parecer y dijo «¡Oh! no!»

Y fué todo, pero no hacía falta más.

La señora de Anglois demostró todo el día un aire de satisfacción comprimida, sumamente interesante.

La rutina ordinaria de las diversiones, ó lo que se designa con este nombre, empezó en las dos fincas vecinas.

El señor Breteuil se divertía prodigiosamente con las preguntas inocentes de Norina; este buen señor que no tenía hijos, adoraba la infancia, trataba á Norina como una niña á quien se ha visto nacer, y asistía cual á un espectáculo curioso é interesante, al despuntar de los sentimientos mundanos, en aquella inteligencia nueva.

Al cabo de algunos días la vida de familia se normalizó.

En esta época se presentó, como visita asidua en casa de la de Anglois, un guapo joven, de unos treinta años próximamente. que la señora y su sobrina acogieron como se hace con un amigo antiguo.

Norina abrió unos ojos enormes la primera vez que oyó á Rosina empeñar una batalla con este recién venido.

No disputaban; pero las réplicas se cruzaban vivas y continuadas como los sablazos en un desafío.

La señora de Anglois, impasible, parecía no escuchar siquiera; pero en ciertos imperceptibles pliegues de sus labios habrían adivinado los que la conocían, que se divertía prodigiosamente.

La señorita Guerbois, no comprendía una palabra de la conversación; se trataba de cosas de las que no tenía ni sospecha.

¿Acaso saben lo que dicen? —se preguntaba Norina con desdén.

Le costaba trabajo creer que lo que ella no entendía fuese para otros comprensible. Con los ojos fijos en los luchadores, iba de uno á otro, tratando de adivinar lo que podrían ocultar bajo aquel lenguaje ininteligible, que debía tener ciertamente un sentido misterioso.

Norina había notado que Edmundo Reyer, era bastante hermoso, de cabeza inteligente, y un airoso cuerpo, y tenía sobre todo unos ojos magníficos, que cambiaban de forma y color, según sus impresiones; en este momento, animado por la discusión, miraba á Rosina con una expresión casi bélica.

—Había pensado que enamoraba á Rosina—se dijo la ingenua—pero no se mira así á la persona á quien se ama.

En efecto Muriet, miraba de otro modo; sus ojos lánguidos, más cargados de vicio que de pasión, no tenían ningún parecido con los que Norina estaba viendo.

Se puede ser ingenua de profesión; pero á los diez y seis años no se puede saber todo!

Norina se equivocaba completamente, como nos engañamos todos, de cuando en cuando en la vida, y siempre en perjuicio nuestro. Se figuró que Reyer experimentaba cierta antipatía por Rosina.



De esto á fijar en él la mirada, no hay más que un pequeño paso, no un paso de Norina, la cual tenía los pies grandes, sino uno de Rosina que hubiese calzado los zapatitos de la Cenicienta.

—¡Escandalizamos á la señorita Norina! —dijo Reyer, abandonando la discusión que empezaba á fastidiarle.

Rosina se volvió y no observó sino la sonrisa embarazosa de un joven compañero.

—¿Os aburre esto? —continuó el joven aproximándose á la ingenua—¿os preguntaréis qué satisfacción se puede encontrar en decirse cosas desagradables entre amigos? ¡Si supierais qué dicha proporciona! ¿Es verdad, señorita?—añadió volviéndose hacia Rosina.

—¡No hay nada tan bueno!—respondió ésta con el tono más convencido.

Norina se puso seria y un poco enojada, no le gustaba que se burlasen de ella ni que la creyeran menos instruída que las demás, desgraciadamente nadie prestó atención; la conversación tomó otro giro, y Norina perdió el tiempo.

En la tarde del mismo día, cuando las dos familias se paseaban con algunos amigos por la playa y en grupos separados, Norina, que tenía una vista excelente, vió de lejos á Muriel. Venía con su aire desenvuelto, las manos en los bolsillos, como de costumbre, y además cierta satisfacción como hombre que ve mejorar su destino.

—¡Querida señora! ¡Qué feliz encuentro!—dijo deteniéndose ante la señora de Breteuil, con moderada sorpresa.

—¿Qué es lo que venís á hacer aquí?—replicó la buena señora, medio afable y medio enfadada.

Estaba más sorprendida que Muriel, por lo cual perdía toda noción de urbanidad.

—Vengo para aquel negocio de las casitas de campo —respondió el arquitecto sin inmutarse. El asunto se ha arreglado del modo más ventajoso para mí.

Había distribuído apretones de manos, á diestro y siniestro, y terminó por Norina, á quien estrechó la mano de una manera expresiva, poniéndose luego todos en marcha.

—¿Es decir, que hacéis fortuna?—objetó la señora de Breteuil, á quien costaba trabajo hacerse á esta idea.

—Un principio, un modesto principio, dijo el joven. La mirada de la anciana se dirigió á Norina, luego volvió otra vez hacia él; todo esto en menos de un cuarto de segundo.

Muriel no pestañeó! ¡Oh! ¡no! No se casaría, estaba seguro!

En algunos minutos fué presentado por el señor Breteuil, que no desconfiaba de él, á una docena de personas. Muriel había retirado las manos de los bolsillos y estaba sumamente cortés.

—Lignón ha empezado su obra —dijo cuando una casualidad premeditadamente combinada le puso al alcance de los oídos de Norina;—me parece que trabaja con suerte, y tiene propósitos dignos de elogio. Ha alquilado una habitación y va á instalarse como un hombre serio.

—Tiene razón!—dijo la señora de Breteuil.

Norina caminaba tranquilamente, se sentaron en la playa; obscurecfa rápidamente; Reyer se había separado un poco con Rosina; pero muy poco, porque se oía su conversación en los intervalos del murmullo de



las olas; Muriel se aproximó á Norina sin que nadie lo notase y se apoderó de una mano que reposaba en la arena.

—He venido por vos—le dijo en voz baja. La joven parecía no haber oído; su mano quedó como muerta. El arquitecto deslizó sus dedos hasta la muñeca de la niña, la cual no oponía á ello la menor resistencia; y la noche se esparcía tranquila cubriendo el Océano.

## VIII

¿Quién, ocho días más tarde, llamaba, de prisa y contento, á la puerta de Breteuil?

Justino Lignón.

Había salido la víspera, en el último tren, y llegado á esa hora temprana en que termina el dulce reposo de las estaciones férreas, y empieza en ellas el habitual movimiento del día.

Errando al azar, con la maleta en la mano, se había acercado á varias casas sin encontrar asilo en ninguna; por fin, se oyó dar las ocho, en el momento en que ante él se abría una habitación regular, encima de una tienda de la que salía un fuerte olor á pesca salada.

Quitóse el polvo del camino, se arregló un poco, y sin tratar de conciliar el sueño, pues no vino para dormir, se encaminó hacia la playa; se introdujo en el agua, que se le antojó horriblemente fría; pero ¡ay! dolorosa sorpresa. ¡En las glaciales olas no parecía Norina!

¡Lignón emprendió su viaje para ver á Norina en seguida, para embriagarse con su encantadora pre-

sencia, para hablarla á solas, y ella, á las diez de la mañana, no se hallaba aún en el baño!

Justino era hombre decidido. Volvióse á vestir y emprendió, acto seguido, el camino de la morada de Breteuil.

Otro se hubiera preguntado cómo le recibirían, porque al fin y al cabo, no tenía con aquella familia más que una amistad muy reciente y exenta de toda confianza; pero la intimidad vendría con el tiempo, en esto no cabía duda.

Fué acogido con gran asombro: Norina, que cuando él entró leía los diarios á su protectora, al verlo cometió una ligera falta contra su inocencia, se ruborizó. Sus ojos, purísimos, contemplaron con aire de sorpresa el recién llegado, sorpresa que eclipsó un tanto al imprudente azoramiento del momento; y luego la niña se retiró al comedor.

—¿A dónde vas?—le preguntó la anciana, que no era partidaria de confianzas, en ayunas.

—A la cocina, mi buena amiga;—repuso la interpelada.

Y desapareció.

—¿Cómo por aquí, tan de mañana?—dijo la dueña de la casa, no sabiendo, en realidad, por dónde iniciar una conversación que no tenía razón de ser.

Lignón estalló como una bomba, y supasión, aumentada por una ausencia de quince días, se desbordó propagándose por todas partes.

—He venido—contestó con una energía que asombró á la señora, que nunca le había visto tan excitado.—He venido á deciros que la adoro, sí, ¡la adoro!—repetía con creciente frenesí, temeroso de no manifestar bien sus ideas.—¡Es el encanto, es la inocencia, es la pureza divina! ¡Es el ángel que he soñado y